

Alice Thompson

El coleccionista de libros

Traducción del inglés de
Raquel G. Rojas

 Siruela

Nuevos Tiempos

Para Nick Royle

Capítulo 1

Violet se sentó en el banco junto a la ventana a esperar a que el coche apareciese por la larga avenida en dirección a su casa de campo. Estaba deseando que su marido, Archie, regresara de Londres. Las doradas cabezas de los narcisos que bordeaban la entrada permanecían inmóviles. Más tarde, quizá un criado les llevase algo de beber a la salita y Archie se recostaría en el sillón junto a la chimenea y le contaría cómo le había ido el día en el trabajo. Mientras aguardaba, volvió a oír el llanto que procedía de la habitación del bebé.

Archie había llegado a su vida hacía algo más de un año. Se habían conocido por casualidad. Ella estaba sentada en una mesita en la terraza de un modesto café de barrio cerca de Oxford Circus, leyendo un libro. Llevaba una de las mejores faldas de su difunta madre, estrecha en los tobillos y que le acentuaba la cintura, y una delicada blusa de color cereza. Un hombre de mediana edad se sentó entonces en la mesa de al lado con un rápido y ágil movimiento, como si

lo hubiese hecho por impulso. Fue esa aparente capacidad intuitiva lo que en un primer momento la atrajo de él.

—¿Qué está leyendo? —le preguntó antes de pedir un café al camarero.

Violet levantó la vista, pero el desconocido no sonreía. Se limitaba a mirarla fijamente, con ojos penetrantes, como si en lugar de verla a ella, quisiese atravesarla para llegar hasta sus pensamientos. En ese instante, sintió que no podía estar en otro lugar.

—Es un libro que me dieron mis padres —replicó sin dejar de sostenerle la mirada. No añadió que hacía poco tiempo que los había perdido a ambos.

Intentó retener las particularidades de su rostro, pero no pudo descifrar más que cierta pesadumbre que abatía aquellos rasgos simétricos y despejados y nublabla sus oscuros ojos azules.

—Parece usted muy joven —observó el caballero—. ¿Cuántos años tiene?

—Diecinueve.

—¿Y qué la trae por Londres?

—Acabo de llegar desde Camberwell. He venido a buscar trabajo, puede que en alguna tienda de confecciones.

—Pues le deseo suerte.

¿Estaba coqueteando con ella? No estaba segura. Su forma de hablar sonaba a galanteo, pero se mostraba muy serio. Violet se percató de que tenía las uñas mordidas hasta la carne y las yemas de los dedos manchadas por el tabaco.

Aquel individuo seguía mirándola.

—Rose. Rose —repitió—. Con cualquier otro nombre...¹

—No me llamo Rose —repuso ella.

Inexplicablemente, supo que tenía que marcharse. ¿De dónde había surgido ese breve y arbitrario intercambio de palabras? Fue como si sus pensamientos se hubieran encontrado en el aire entre los dos. Violet se sintió inquieta, casi asustada. Dejó con cuidado la taza de café a medio beber sobre el mantel de cuadros y se giró en busca del desgastado sombrero de fieltro de ala ancha que colgaba en precario equilibrio del respaldo de su silla. Luego se puso en pie y cogió el libro de la mesa. Sin volver a cruzar la mirada con él, empezó a zigzaguear entre las mesitas de la terraza y salió a la acera.

Cuando dobló la esquina y quedó fuera de su vista, se vio sorprendida por una sensación de pérdida. ¿Cómo podía experimentar tal sentimiento de contrariedad por un extraño? Un cartoncillo de color marfil cayó del interior del libro y revoloteó hasta llegar al suelo. Violet lo recogió y vio que era una tarjeta de visita, impresa en caracteres negros y ornamentados, de una librería de segunda mano llamada Looking Glass. Un tal lord Archie Murray era el propietario. Aquel tipo debió de deslizarla entre sus páginas mientras ella estaba de espaldas.

¹ Se trata de una referencia a *Romeo y Julieta*, de W. Shakespeare, suscitada por el nombre de Rose: *That which we call a rose / By any other name would smell as sweet* [«Eso que llamamos rosa / con cualquier otro nombre olería igual de dulce»; acto II, escena 2]. (*Todas las notas son de la traductora*).

Se guardó la tarjeta en un bolsillo y dedicó el resto del día a una infructuosa búsqueda de empleo, pero no se le ocurrió visitar la librería. No era más que otro hombre interesado en ella; no significaba nada, al fin y al cabo.

Cuando volvía a la estación del ferrocarril, decidió tomar un pequeño atajo a través de una galería comercial. No era una ruta que siguiera muy a menudo. Allí, a medio camino por aquel pasaje, había una librería y Violet supo cuál era antes incluso de leer el nítido letrero de la fachada. Pero ¿qué hizo que se decidiera a entrar? La intrigaba su interés hacia ella. ¿Debería eso haberla disuadido más que despertar su curiosidad? Sin embargo, era la clase de persona que siempre se sentiría atraída por la atención de un hombre. Destino y naturaleza confabulados, compañeros de juego en un pillapilla turnándose para ser «el que la liga».

Circunstancia. Impulso. Deseo. Todo ello la empujó hasta la puerta y puso su mano enguantada en piel sobre el deslucido picaporte de latón. Otra decisión inconsciente y despreocupada de sus irrevocables consecuencias, una elección que determinaría el resto de su vida.

Capítulo 2

Cuando Violet abrió la puerta, esta hizo tintinear una campanilla que colgaba del techo. El interior estaba en penumbra. La librería estaba dividida por varias filas de imponentes estanterías y todos los anaqueles estaban repletos de libros viejos. También había pilas de volúmenes antiguos encuadernados en piel amontonados por el suelo. La alfombra de color verde musgo, desvaída y ajada, apenas se veía bajo aquel desorden. El olor a moho seco impregnaba la estancia.

Al fondo, en una esquina, había un joven sentado sobre una banqueta, leyendo. Parecía unos años mayor que ella. Sus ojos eran muy oscuros y su piel tenía el pálido brillo de la madreperla. El cabello dorado se le ensortijaba en apretados rizos como a un querubín. Cuando Violet entró en la librería, este alzó la vista, pero, en lugar de decir «¿Puedo ayudarla?», se limitó a retomar su lectura, como si no hubiera advertido su presencia. Insegura sobre su siguiente paso, Violet decidió echar una ojeada a las estanterías. Los libros estaban dispuestos de forma heterogénea: tratados de

botánica, anatomía y ornitología se apoyaban unos contra otros.

Cogió un volumen al azar y lo abrió por la ilustración anatómica de una mujer desnuda. Grabado en finas líneas de tinta negra, el cuerpo estaba despojado de su piel. El tejido muscular de los senos era como esas elaboradas espirales que representaban las montañas en un mapa topográfico.

—No parecen lo que son, ¿verdad?

Violet dio un respingo. La voz había sonado justo detrás de ella. Era la voz clara y discreta del dependiente. Al girarse, comprobó que lo tenía muy cerca. Había algo de malicioso, de obsceno y de salvaje en su expresión. Retrocedió un paso.

—No son más que dibujos —repuso al tiempo que cerraba el libro.

—Resulta interesante —observó él—. Cuando la gente dibuja la realidad solo con líneas... la hace esquemática, sin carne ni color. Es como el esqueleto de un pez. Puedes ver su estructura, pero eso no te dice nada sobre los destellos plateados que emiten sus escamas bajo la luz del sol. Ni sobre cómo se mueven y saltan y se quedan suspendidos en el aire como un apóstrofo.

—Quisiera saber si está lord Murray —replicó Violet.

Una mueca de mal humor cruzó el rostro del joven ante esa negativa a involucrarse en su paradójica conversación.

—Aún no ha regresado. Lleva fuera casi todo el día. ¿Quiere dejarle algún mensaje?

Desprendía un aroma peculiar. ¿Qué sería? Era dulce y floral como la miel. Se mostraba muy resuelto, como si estuviera poniendo todo su afán en atenderla. Sin embargo,

cuando estaba leyendo, le había parecido imperturbable, entregado por completo al íntimo universo del libro.

—Dígale solo que Rose le ha hecho una visita.

Su gesto se tornó severo de inmediato. La picardía había desaparecido.

—¿Se supone que es una broma? Porque, en ese caso, no la encuentro graciosa.

Violet estaba perpleja.

—La broma es de lord Murray. Ha sido él quien me ha llamado así.

—Pues no lo entiendo. Y por su cara veo que no tiene usted la menor idea. Rose es el nombre de su difunta esposa.

Aquello la dejó sin habla. Una oleada de empatía y un vivo instinto de protección crecieron en su interior; Archie había sobrevivido a semejante sufrimiento. Eso explicaba, pensó, por qué había sentido una vaga inquietud en su presencia. Estaba protegiendo su duelo, como si fuese un tierno brote que necesitara florecer por completo antes de poder cortarlo y apreciar su perfume y la sensual belleza de sus sedosos pétalos blancos.

Se preguntó si la muerte de su esposa explicaría también la sensación que había tenido en el café de que Archie se encontraba, de alguna forma, apartado del resto del mundo. Sintió una inmensa pena por él. Sería paciente. Ya se estaba imaginando cómo crecería su amor, cómo forjarían otra clase de vínculo entre los dos, sólido e indisoluble.

El dependiente la estaba observando.

—En realidad, ahora que la miro sí veo un leve parecido, lo cual podría explicar el comportamiento de lord Murray.

Su esposa poseía una especie de discreta belleza que te atrapaba sin darte cuenta. Tenía más que ver con quién era ella.

Había tanta tristeza en sus ojos mientras hablaba que de pronto Violet se preguntó si no habría estado él mismo enamorado de Rose. La expresión del joven se mudó en indiferencia, como si el recuerdo de aquella mujer hubiera apartado cualquier otro pensamiento de su mente. Ahora la miraba como si fuera un mueble.

—¿Quiere dejar su dirección? —le preguntó.

Sonaba como una cuestión rutinaria. ¿Visitarían muchas mujeres a Archie en la librería tras la muerte de su esposa?

—No —contestó enseguida—. Puede que vuelva a pasar por aquí, en otra ocasión.

—¿Se lleva el libro?

—¡Oh! —Violet miró el volumen que aún tenía en las manos—. No, gracias.

De todas formas era demasiado caro. No necesitaba un manual de anatomía.

Más tarde, cuando llegó a casa, en Camberwell, pensó en sus amados padres, que ya no estaban con ella, y deseó no sentirse tan sola.

Volver a la librería al día siguiente le había parecido como repetirlo todo de nuevo. Sabía que aquello implicaba otra acción que se definía por sí misma, pero para entonces ya había perdido toda capacidad de elección.

Unos días después, Archie y ella visitaron juntos una galería de arte. Significativas figuras contemporáneas de la ciencia, la política y la cultura los observaban desde sus retratos. Violet

vio su propio reflejo en el cristal de uno de los cuadros, su rostro superpuesto al barbudo semblante de Edward Elgar. Podía distinguir la forma ovalada de sus facciones, sus grandes ojos oscuros, su estrecho y obstinado mentón. Al darse la vuelta, vio que Archie sonreía, como si supiera lo que estaba haciendo.

—Puedes verte la cara reflejada en el cristal —le explicó.

—Ya lo veo —repuso él y Violet pudo leer en sus ojos que le gustaba lo que veía.

Su amor había sido como un cuento de hadas. Aunque tenía la impresión de que, si pudiera averiguar de qué cuento se trataba, de alguna forma eso podría ayudarla. Raras veces hablaban, estar el uno con el otro era suficiente. Antes, cuando iba a algún café ella sola, la abrumaba el parloteo de la gente. Pero, ahora que estaba con Archie, lo que compartían no necesitaba palabras. Su atracción obraba en silencio. ¿Qué falta hacían las palabras cuando podían leerse el pensamiento?

Lo único que existía ya era su deseo por ella. Violet se sentía consumida y apabullada. Era un sentimiento nuevo, aterrador y antinatural. No podía pensar más que en él. Archie atendía todas sus necesidades y se anticipaba a sus deseos como si pudiera leerle la mente. Era hechizante.

Un mes después de su primer encuentro, le pidió que se casara con él; parecía inevitable. Ella le había permitido entrar en su vida, lo había acogido sin reservas. Y de algún modo él había comprendido su receptividad y había reaccionado ante ella con mudo instinto. La necesidad que Archie tenía de ella y su respuesta habían encajado a la perfección.